



James Joyce

# Araby



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

# **ARABY**

**JAMES JOYCE**

**PUBLICADO: 1914**

**FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG**

**TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

Traducido al castellano por Elejandría desde su publicación original en inglés en la edición de NEW YORK, B. W. HUEBSCH (1917) disponible en [en.wikisource.org](http://en.wikisource.org)

La calle North Richmond, al ser sin salida, era una calle tranquila, excepto a la hora en que la Escuela de los Hermanos Cristianos dejaba libres a los chicos. Una casa deshabitada de dos plantas se alzaba en el extremo de la calle, separada de sus vecinos en un terreno cuadrado. Las otras casas de la calle, conscientes de la vida digna que había en ellas, se miraban con rostros pardos e imperturbables.

El antiguo inquilino de nuestra casa, un sacerdote, había muerto en el salón trasero. El aire, enmohecido por haber estado cerrado durante mucho tiempo, flotaba en todas las habitaciones, y el cuarto de los residuos, detrás de la cocina, estaba repleto de viejos papeles inútiles. Entre ellos encontré algunos libros forrados de papel, cuyas páginas estaban rizadas y húmedas: El abad, de Walter Scott, El devoto comulgante y Las memorias de Vidocq. Me gustaba más el último porque sus hojas eran amarillas. El jardín silvestre detrás de la casa contenía un manzano central y algunos arbustos dispersos, bajo uno de los cuales encontré la oxidada bomba de la bicicleta del difunto inquilino. Había sido un sacerdote muy caritativo; en su testamento había dejado todo su dinero a instituciones y los muebles de su casa a su hermana.

Cuando llegaron los cortos días del invierno, el crepúsculo caía antes de haber terminado de cenar. Cuando nos encontramos en la calle, las casas se habían vuelto sombrías. El espacio del cielo sobre nosotros tenía un color violeta siempre cambiante y hacia él las farolas de la calle levantaban sus débiles faroles. El aire frío nos picaba y jugábamos hasta que nuestros cuerpos brillaban. Nuestros gritos resonaban en la silenciosa calle. La carrera de nuestro juego nos llevaba a través de las oscuras callejuelas de barro detrás de las casas, donde corríamos el riesgo de las rudas tribus de las cabañas, a las puertas traseras de los oscuros jardines chorreantes donde surgían los olores de los ceniceros, a los oscuros establos olorosos donde un cochero alisaba y peinaba al caballo o sacudía la armonía de los arneses abrochados. Cuando volvíamos a la calle, la luz de las ventanas de la cocina había llenado los espacios. Si veían a mi tío doblar la esquina, nos escondíamos en la sombra hasta que lo veíamos bien alojado. O si la hermana de Mangan salía a la puerta para llamar a su hermano a tomar el té, la observábamos desde nuestra sombra mirando hacia arriba y hacia abajo de la calle. Esperábamos a ver si se quedaba o entraba y, si se quedaba, dejábamos nuestra sombra y nos acercábamos a la escalera de Mangan con resignación. Ella nos esperaba, con su figura definida por la luz de la puerta entreabierta. Su hermano

siempre se burlaba de ella antes de obedecer y yo me quedaba junto a la barandilla mirándola. Su vestido se balanceaba al mover su cuerpo y la suave cuerda de su pelo se agitaba de un lado a otro.

Todas las mañanas me tumbaba en el suelo del salón delantero para observar su puerta. La persiana estaba bajada hasta un centímetro de la hoja para que no me vieran. Cuando salía a la puerta, mi corazón daba un salto. Corrí al vestíbulo, cogí mis libros y la seguí. No perdía de vista su figura morena y, cuando nos acercábamos al punto en que nuestros caminos se separaban, aceleraba el paso y la adelantaba. Esto sucedía mañana tras mañana. Nunca había hablado con ella, salvo unas pocas palabras casuales, y sin embargo su nombre era como una llamada a toda mi tonta sangre.

Su imagen me acompañaba incluso en los lugares más hostiles al romanticismo. Los sábados por la tarde, cuando mi tía iba a hacer la compra, yo tenía que ir a llevar algunos paquetes. Caminábamos por las calles bulliciosas, empujados por hombres borrachos y mujeres regateadoras, entre las maldiciones de los jornaleros, las estridentes letanías de los tenderos que montaban guardia junto a los barriles de carrilleras de cerdo, los cánticos nasales de los cantantes callejeros, que entonaban una venia sobre O'Donovan Rossa, o una balada sobre los problemas de nuestra tierra natal. Estos ruidos convergían en una única sensación de vida para mí: Imaginé que llevaba mi cáliz a salvo a través de una multitud de enemigos. Su nombre brotaba en mis labios en extrañas oraciones y alabanzas que yo mismo no entendía. Mis ojos estaban a menudo llenos de lágrimas (no podía saber por qué) y a veces un torrente de mi corazón parecía derramarse en mi pecho. Pensaba poco en el futuro. No sabía si alguna vez le hablaría o no o, si le hablaba, cómo podría contarle mi confusa adoración. Pero mi cuerpo era como un arpa y sus palabras y gestos eran como dedos que corrían sobre los cables.

Una noche entré en el salón trasero en el que había muerto el sacerdote. Era una noche oscura y lluviosa y no se oía nada en la casa. A través de uno de los cristales rotos oí la lluvia incidir en la tierra, las finas e incesantes agujas de agua jugando en los lechos empapados. Alguna lámpara lejana o ventana iluminada brillaba debajo de mí. Agradecí poder ver tan poco. Todos mis sentidos parecían desear velarse y, sintiendo que estaba a punto de resbalar de ellos, apreté las palmas de mis manos hasta que temblaron, murmurando: "¡Oh, amor! Oh amor!" muchas veces.

Por fin me habló. Cuando me dirigió las primeras palabras, me sentí tan confundido que no supe qué responder. Me preguntó si iba al bazar Araby. Olvidé si había respondido que sí o que no. Era un bazar espléndido, dijo que le encantaría ir.

"¿Y por qué no puedes?" pregunté.

Mientras hablaba, hizo girar una pulsera de plata alrededor de su muñeca. Dijo que no podía ir porque esa semana había un retiro en su convento. Su hermano y otros dos chicos estaban peleándose por sus gorras y yo estaba solo en la barandilla. Ella sostenía una de las puntas, inclinando la cabeza hacia mí. La luz de la lámpara situada frente a nuestra puerta captó la curva blanca de su cuello, iluminó el cabello que allí descansaba y, al caer, iluminó la mano sobre la barandilla. Cayó sobre un lado de su vestido y atrapó el borde blanco de una enagua, apenas visible mientras ella se encontraba a gusto.

"Está bien para ti", dijo ella.

"Si voy", dije, "te traeré algo".

¡Qué innumerables locuras asolaron mis pensamientos de vigilia y de sueño después de aquella noche! Deseaba aniquilar los tediosos días intermedios. Me molestaba el trabajo de la escuela. Por la noche, en mi habitación, y por el día, en el aula, su imagen se interponía entre yo y la página que me esforzaba por leer. Las sílabas de la palabra Araby me llamaban a través del silencio en el que mi alma se deleitaba y arrojaban un encanto oriental sobre mí. Pedí permiso para ir al bazar el sábado por la noche. Mi tía se sorprendió y esperó que no se tratara de un asunto de masones. Respondí a pocas preguntas en clase. Observé el rostro de mi maestro pasar de la amabilidad a la severidad; esperaba que no estuviera empezando a holgazanear. No podía reunir mis pensamientos errantes. Apenas tenía paciencia con el serio trabajo de la vida que, ahora que se interponía entre yo y mi deseo, me parecía un juego de niños, un feo y monótono juego de niños.

El sábado por la mañana le recordé a mi tío que deseaba ir al bazar por la tarde. Él, que se encontraba en la mesa del vestíbulo buscando el cepillo del sombrero, me respondió secamente:

"Sí, muchacho, lo sé".

Como él estaba en el vestíbulo, no pude ir al salón delantero y asomarme a la ventana. Sentí la casa de mal humor y caminé lentamente hacia la escuela. El aire era despiadadamente crudo y mi corazón ya me fallaba.

Cuando llegué a cenar a casa, mi tío aún no había llegado. Todavía era temprano. Me quedé mirando el reloj durante un rato y, cuando su tictac empezó a irritarme, salí de la habitación. Subí la escalera y subí a la parte superior de la casa. Las altas y frías habitaciones vacías y lúgubres me liberaron y fui de habitación en habitación cantando. Desde la ventana del frente vi a mis compañeros jugando abajo en la calle. Sus gritos me llegaron debilitados e indistintos y, apoyando la frente en el fresco cristal, miré hacia la oscura casa donde ella vivía. Puede que me quedara allí durante una hora, sin ver nada más que la figura vestida de marrón que mi imaginación proyectaba, tocada discretamente por la luz de la lámpara en el cuello curvado, en la mano sobre la barandilla y en el borde debajo del vestido.

Cuando volví a bajar, encontré a la señora Mercer sentada junto al fuego. Era una anciana charlatana, viuda de un prestamista, que coleccionaba sellos usados con algún propósito piadoso. Tuve que soportar los chismes de la mesa de té. La comida se prolongó más de una hora y mi tío seguía sin venir. La señora Mercer se levantó para irse: lamentaba no poder esperar más, pero eran más de las ocho y no le gustaba estar fuera hasta tarde, ya que el aire nocturno le hacía mal. Cuando se hubo ido, empecé a caminar de un lado a otro de la habitación, apretando los puños. Mi tía dijo:

"Me temo que debes posponer tu bazar de esta noche de Nuestro Señor".

A las nueve oí la llave de mi tío en la puerta del vestíbulo. Le oí hablar consigo mismo y oí cómo se balanceaba el zaguán al recibir el peso de su abrigo. Podía interpretar estas señales. Cuando estaba a mitad de la cena le pedí que me diera el dinero para ir al bazar. Lo había olvidado.

"La gente está en la cama y tras su primer sueño ahora", dijo.

No sonreí. Mi tía le dijo enérgicamente:

"¿No puedes darle el dinero y dejarle marchar? Ya le has retenido bastante tiempo".

Mi tío dijo que lamentaba mucho haberlo olvidado. Dijo que creía en el viejo dicho: "Todo trabajo y nada de juego hace que Jack sea un chico aburrido". Me preguntó a dónde iba y, cuando se lo dije por segunda vez, me preguntó si conocía "El adiós del árabe a su corcel". Cuando salí de la cocina estaba a punto de recitar las primeras líneas de la pieza a mi tía.

Sostenía un florín con fuerza en la mano mientras caminaba por Buckingham Street hacia la estación. La visión de las calles abarrotadas de compradores y llenas de gas me recordó el propósito de mi viaje. Tomé asiento en un vagón de tercera clase de un tren desierto. Tras un intolerable retraso, el



tren salió lentamente de la estación. Avanzaba sigilosamente entre casas ruinosas y sobre el río centelleante. En la estación de Westland Row, una multitud de personas se acercó a las puertas del vagón, pero los porteros los hicieron retroceder, diciendo que era un tren especial para el bazar. Me quedé solo en el vagón desnudo. En pocos minutos el tren se detuvo junto a un improvisado andén de madera. Salí a la calle y vi por la esfera iluminada de un reloj que eran las diez menos diez. Delante de mí había un gran edificio que mostraba el nombre mágico.

No pude encontrar ninguna entrada de seis peniques y, temiendo que el bazar estuviera cerrado, pasé rápidamente por un tornio, entregando un che-lín a un hombre de aspecto cansado. Me encontré en una gran sala ceñida a la mitad de su altura por una galería. Casi todos los puestos estaban cerrados y la mayor parte de la sala estaba a oscuras. Reconocí un silencio como el que invade una iglesia después de un servicio. Entré tímidamente en el centro del bazar. Unas pocas personas estaban reunidas en torno a los puestos que aún estaban abiertos. Delante de una cortina, sobre la que estaban escritas las palabras *Café Chantant* en lámparas de colores, dos hombres contaban dinero en una bandeja. Escuché la caída de las monedas.

Recordando con dificultad por qué había venido, me acerqué a uno de los puestos y examiné jarrones de porcelana y juegos de té floreados. En la puerta del puesto, una joven hablaba y reía con dos jóvenes caballeros. Noté su acento inglés y escuché vagamente su conversación.

"¡Oh, yo nunca dije tal cosa!"

"¡Oh, pero lo hiciste!"

"¡Oh, pero no lo hice!"

"¿No lo dijo ella?"

"Sí. La escuché".

"¡Oh, es una... mentira!"

Al verme, la joven se acercó y me preguntó si quería comprar algo. El tono de su voz no era alentador; parecía que me hablaba por sentido del deber. Miré humildemente las grandes jarras que se alzaban como guardias orientales a ambos lados de la oscura entrada del puesto y murmuré:

"No, gracias".

La joven cambió la posición de uno de los jarrones y volvió con los dos jóvenes. Comenzaron a hablar del mismo tema. Una o dos veces la joven me miró por encima del hombro.

Me quedé ante su puesto, aunque sabía que mi estancia era inútil, para que mi interés por sus productos pareciera más real. Luego me alejé lentamente y caminé por el centro del bazar. Dejé que los dos peniques cayeran sobre los seis peniques de mi bolsillo. Oí una voz que decía desde un extremo de la galería que la luz se había apagado. La parte superior de la sala estaba ahora completamente a oscuras.

Contemplando la oscuridad me vi como una criatura impulsada y burlada por la vanidad; y mis ojos ardían de angustia y rabia.